



HISTORIA DE LA CACACA

UN CUENTO DE
TOMÁS
SÁNCHEZ
BELLOCCHIO

ILUSTRACIÓN DE
NADAR SHARAF

EN LA ESCALA DE HECES DE BRISTOL, el tipo 1 indica que la persona está constreñida. Aparecen trozos duros y dispersos, en forma de nueces. Han pasado demasiado tiempo en el tracto intestinal y son difíciles de evacuar. Si es una salchicha grumosa, con bultos, se trata del tipo 2, y seguramente haya deshidratación. El 3 y el 4 son las consideradas normales. El 3 es una salchicha con grietas en el exterior. Tomando más agua puede conseguirse una deposición más saludable todavía, la del tipo 4: blanda y lisa como una víbora. Con el 5 ya es posible hablar de diarrea suave: trozos de masa pastosa con bordes bien definidos. En cambio, en el tipo 6 los fragmentos son blandos y esponjosos con bordes irregulares. El tipo 7 es directamente una deposición líquida. No contiene partículas sólidas, excepto granos que no pudieron ser digeridos. Significa que estuvo muy poco tiempo en el colon y es probable signo de infección viral o bacteriana.

Manuel no podía decidirse a qué categoría correspondía aquello: parecía cambiar de forma, consistencia y color a cada momento. Estaba el problema de los gases: eran como explosiones interiores que lo hacían retorcerse hasta casi llorar. Y después el del olor: ¿qué significaba que algo dentro de él oliera a muerte?

Acababan de golpear la puerta por séptima vez en la última media hora. “Ocupado”, dijo y se arrepintió de no haber ido al baño de arriba. Las escaleras suelen ser barreras infranqueables para los invitados a una fiesta. Hizo fuerza, inhaló, suspiró y se secó la frente con la manga de la camisa.

—Te acabo de decir que está ahí. Me dijeron los chicos. Está metido hace rato ya. Voy a preguntarle qué pasa. Nada más. No soy pesada... ¿Manuel? ¿Estás ahí? ¿Manuel?

Esperó un minuto antes de responder.

—Estoy acá.



**AHORA, EL TONO DE SU PADRE SE INSTALABA CERCA DE LA MASTURBACIÓN
O QUIZA DE LA COPROFILIA. PARA MANUEL ERA INSÓLITO QUE SU PADRE SUPIERA
ACERCA DE ESO, PERO POSIBLE**



—Hay gente que quiere usar el baño, querido. Me dijeron que estás hace un buen rato. ¿Puede ser?

—No tanto.

—¿Pero qué pasa? ¿Necesitás algo? Decime.

—No, mamá.

—¿Te sentís mal?

—Estoy bien. No pasa nada.

Para Manuel, pensar en clasificaciones era en realidad una manera de no pensar. Ahora contaba y distribuía los grupos de invitados con ayuda de los azulejos. Del colegio no habían venido tantos como él esperaba, pero era natural después de todo. Unos meses antes no hubiera aparecido nadie. Los vecinos de la cuadra sumaban cinco, incluyendo al hermano menor de uno que estaba enfermo de paperas y había mandando un representante. Cualquiera servía para abultar el número final. Era su primera aparición pública en mucho tiempo y necesitaba un éxito contundente. Los primos de parte de su madre estaban todos y casi no se notaba que habían venido contra su voluntad. Se acordó de un cumpleaños, seis o siete años atrás, en una quinta con pileta al fondo. Se oían gritos, risas dispersas. Se vio corriendo con ellos entre los árboles, el cuello transpirado, buscando un lugar para esconderse. En esa época podía ser un camaleón en cualquier grupo.

De pronto oyó unos golpecitos cerca de la cerradura. No tuvo tiempo de lamentarse de que la proporción de sexos estaba equilibrada por tías y abuelas.

—¿Manuel...? ¿Manuel?

Su madre murmuraba para atenuar la vergüenza, la de él y la de ella.

—¿Qué?

—¿No querés una cucharada de aceite?

—No, gracias.

—¿Una pastilla de carbón tampoco?

El calor parecía aumentar un grado por palabra.

—¿Me pueden dejar tranquilo?

—Sí, corazón, ya te dejamos tranquilo, pero, ¿seguro estás bien?

—¡¡¡Mamaaaá!!!

Y sintió dos o tres explosiones consecutivas en algún lugar de sus intestinos, como si esa palabra conjurara un dolor extraordinario. Se inclinó y se dobló, buscando una posición más cómoda. Hizo una lista mental de las cosas más dolorosas que existen. Esto debía estar a la altura de

un parto o un cálculo renal. Apoyó el codo en la puerta, llevando todo el peso del cuerpo hacia la derecha. Las rodillas le temblaban un poco. Se quedó varios minutos así, quieto.

Si no se movía podía controlar el dolor.

Empezaba a sentir sueño cuando volvió a oír las voces.

—Dale que todos están esperando. Sí, ahora. ¿Tan difícil es? Yo no puedo meterme. Yo soy mujer y él es varón.

—Está bien. Le hablo yo. Manuel... ¿Manuel?

Al escuchar su nombre, alzó la cabeza lentamente.

—Es papá. ¿Cómo estás? ¿Te sentís bien?

Lo que más le sorprendió fue la impostura de la voz para contrarrestar su natural autoridad. Era la modulación dulce y calma que había usado en los peores meses, cuando nadie lo retaba por nada, cuando el mundo no tenía reglas y la libertad era sin límites. La misma que había puesto celosos a sus hermanos. Durante mucho tiempo no lo incluyeron en los juegos, se olvidaban de avisarle de los partidos de fútbol y los cumpleaños de amigos en común. Hubo noches en que los oyó murmurar desde sus camas y maquinan bromas crueles contra él. Los sentía cruzar el cuarto en la oscuridad, pasándose mensajes. Y más de una vez terminó, con frazada y almohada, en el descanso de la escalera, para poder dormir. Entonces tuvo miedo de retroceder. Con mucho esfuerzo había reconstruido la relación con cada habitante de la casa. Se afirmó en el inodoro y para exorcizar el pasado, desafió a la voz que venía de afuera.

—¿Qué pasa?! —gritó.

Y tras una pausa, la vuelta a la normalidad.

—¿Cómo que qué pasa? ¿Qué estás haciendo? Hace cuarenta minutos que estás ahí.

—¡Y qué!

Todavía faltaba un poco más.

—Quiero saber qué-mierda-hacés-ahí-adentro.

Ahora, el tono de su padre se instalaba cerca de la masturbación o quizá de la coprofilia. Para Manuel era insólito que su padre supiera acerca de eso, pero posible. Dentro del espectro de las parafilias, la coprofilia es una de las más extrañas. Consiste en la atracción por oler, saborear, untarse o ver el acto de defecar como un medio de placer y excitación sexual. Algunos coprófilos incluso practican la coprofagia: literalmente se comen la caca, con el riesgo de intoxicarse y contraer enfermedades como hepatitis B o neumonía. Aunque es un régimen

alimentario casi exclusivo de los insectos, en especial de larvas y coleópteros, muchos animales consumen excrementos, por ejemplo las crías de elefantes o koalas, pero al hacerlo de manera esporádica no pueden considerarse coprófagos.

Lo último que le faltaba era tener fama de perverso. Se imaginó desnudo frente a un pizarrón verde, acribillado por tizas enemigas. Escuchó risas que podían venir de cualquier lado. Apagó la luz y se agachó para ver por debajo de la puerta las sombras que se movían afuera.

—No me pasa nada, ya salgo —murmuró, incorporándose.

Acto seguido, trabó la puerta y puso una toalla en el suelo para perder todo contacto con la realidad. Una semana antes él había dicho que no estaba preparado para una fiesta. Todavía faltaban tres meses para su cumpleaños. Y ni siquiera había una fecha memorable en el medio que funcionara como excusa. Lo mejor hubiera sido volver de a poco, en silencio, y no así. Recordó los preparativos y el intenso movimiento de la casa los días previos al evento. Se vio a sí mismo sentado en la escalera, observando todo desde lejos, como si se hubiera desdoblado del personaje anfitrión. Y se dio cuenta de que en realidad no había participado en ninguna decisión vital de la fiesta. Nadie le había preguntado si quería triples o empanadas, Coca-Cola o Pepsi, fiesta de disfraces o excursión a un parque de diversiones.

En ese momento alguien apagó la música. “¿Qué le pasa? No sé...”. No pudo precisar si las voces que ahora escuchaba empezaban ahora. “¿Estará...? ¿Vos creés?”. O venían de hacía rato. “Andá a saber si...”. Pero lo destrozó la certeza de los murmullos. “Yo creía que estaba mejor”. Era como estar muerto, con un trampolín directo a sus conciencias.

Si habló, fue solo para rebotar un poco la vergüenza.

—Nunca fui sordo —dijo, riéndose de su hazaña.

Y entonces se acordó de otra hazaña de ingenio similar, uno o dos años atrás, en la que una chica de su clase lo había apartado, gritándole que era molesto como una mosca. Aunque él tardó en reaccionar dijo sí, que era una mosca, y que las moscas siempre sobrevuelan la mierda. Le tocó el hombro con su dedo índice y después lo mostró: un dedo sucio, marrón, que olía. Y antes de que le preguntaran por el truco, se lo chupó ante la mirada de asco y espanto de todos.

Las convulsiones de la risa vinieron acompañadas de nuevas explosiones interiores. Se abrazó a sí mismo. Afuera seguía el tráfico de deliberaciones y consultas a media voz. “¿No habrá nada con filo en ese baño?”. Pero todo le llegaba en sordina, como desde adentro de una caja. “Dios mío, este chico, otra vez”. Se incorporó haciendo equilibrio, los pantalones bajos a la altura de

los tobillos, y con las manos abiertas dio cinco golpes que retumbaron en toda la casa. Esta vez las voces se callaron. Por un momento, fue como estar en la bóveda de un banco, entre muros de acero de un metro de ancho. Se miró en el espejo. Un golpe bastaría para tener cincuenta o sesenta astillas del tamaño de un cuchillo. Se trepó a la ventana y asomó la cabeza. En el jardín, vio que algunos invitados se iban raudamente. Las madres intercambiaban señas por encima de las cabezas de sus hijos. Una brisa fresca entró en el baño y le recorrió las piernas. Del otro lado de la puerta, hubo corridas y ruido de herramientas.

Pensó en todo lo que había pasado ese día como en una enorme bola de nieve, desplazándose a gran velocidad por una avenida desierta, y que cuando pasaba cerca podían verse en detalle las anomalías de su superficie. Vio hojas secas, ramas, vasos de plástico, un inodoro, pedazos de mampostería. Vio la cabeza de un elefante bebé disecado con sus colmillos rotos. Vio enormes marcos de espejos, monedas, tiras de pastillas, papel higiénico usado. Vio dentaduras postizas, una bicicleta, bombachas y las aspas de un ventilador o un helicóptero. Creyó ver una mano también, sobresaliendo de un costado, que le decía “vení, vení”, sin decirlo en realidad. Y a medida que avanzaba, la bola tragaba todo lo que había en su camino. Iba de lado a lado, en zigzag, como en un pinball extraño.

Manuel supo que tenía que salir.

Volvió al inodoro con pasos cortos. Se limpió, se subió los pantalones y se abrochó el cinturón. Se enjuagó la boca, se lavó las manos y puso el jabón en su lugar, coronado de burbujas. Solo entonces tiró la cadena y mientras veía el remolino replegarse hacia los caños quiso que el agua se llevara muchas otras cosas. Detrás de una puer-tita encontró el desodorante de ambiente. Apretó dos veces el botón. La segunda vez lo mantuvo, trazando un arco de un extremo al otro del baño. Pensó que sonaba a escape de gas y tomó aire, la misma cantidad que uno toma antes de sumergirse en una pileta. Se inclinó junto al bidet y de un tirón el papel higiénico se desplegó como una alfombra roja.

Empezó desde el cuello hacia arriba. Era un trabajo delicado, para que no se desgarrara el papel. Con cada vuelta, cubría un rasgo o un gesto de la cara y se preguntó si los egipcios lo hubieran hecho de ese modo. Apenas dejó dos intersticios a la altura de los ojos para poder ver. Antes de salir, por alguna razón que no podría explicar nunca, se sintió confiado. Ya no le dolía la panza y estaba decidido a salvar la fiesta. ●

—**TOMÁS SÁNCHEZ BELLOCCHIO (BUENOS AIRES, 1981).** Escritor argentino radicado en México. Su primer libro de cuentos, aún inédito, se titula *Familias de cereal*.